



Parábola del Buen Samaritano
(San Lucas 10: 25-37)

Se levantó un doctor de la Ley, y dijo para ponerle a prueba: «Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?» *Es bastante frecuente que el hombre intente poner a prueba a Dios. ¡Qué atrevimiento tan horrible! Qué falta de fe! En cuántas ocasiones también nosotros hemos hecho algo parecido y le hemos preguntado a Dios: ¿Y por qué a mí? ¿Qué mal he hecho yo para que me castigues así?*

Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo la lees?» Respondió: «Amarás al Señor tu Dios. En Su amor te castiga, te prueba y te premia a ti y a los que te rodean.»

Dícele entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás.» Este mandato también nos afecta. El catecismo nos enseña que la Ley y el Evangelio están relacionados y que de los mandamientos, el amor es el fundamento y el fin.

Pero él queriendo justificarse, dijo a Jesús: «Y ¿quiénes son mis prójimos?» Él le dijo: «Unos viajeros iban de Jerusalén a Jericó. Cayó un hombre en manos de salteadores, que le quitaron sus vestidos y lo golpearon. Un sacerdote y un levita pasaban por allí y lo vieron. Pero ninguno se detuvo a ayudarlo. Un samaritano, que iba de camino contrario, se detuvo y lo cuidó.»

Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dijo un responso. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dijo un responso. Con qué frecuencia se ven los casos de la Ley y del Evangelio. Cuántas excusas se hacen para no tener compasión y ayudar a un hermano.»

Pero un samaritano, que iba de camino contrario, se detuvo y lo cuidó. Él lo llevó a un posadero y le dio su dinero para que lo cuidara. Este es el amor que nos debe mover a ayudarnos mutuamente. El amor es el fundamento y el fin de la Ley y del Evangelio. El amor es el que nos debe mover a ayudarnos mutuamente. El amor es el que nos debe mover a ayudarnos mutuamente.

Él dijo: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo.» *No olvidemos que si no cumplimos el segundo mandamiento tampoco cumplimos el primero. Amar a Dios sobre todas las cosas nos lleva automáticamente a tener un corazón misericordioso con los necesitados. No se conoce ningún santo que no haya tenido piedad de los que sufren y haya dado su vida por aliviar sus sufrimientos.*